

GLOBALIZACIÓN Y CULTURA NOTAS PRELIMINARES

Ybelice Briceño Linares *

Resumen

A través del presente trabajo se esbozan algunos parámetros que la autora considera son esenciales para reflexionar sobre los cambios que los procesos de globalización han introducido en la cultura, especialmente en lo que se refiere a las identidades, representaciones sociales y modos de vida de las sociedades contemporáneas. El objetivo es perfilar caminos para el abordaje de esta temática que permitan, a su vez, evaluar de qué manera tales transformaciones inciden en las identidades y prácticas culturales de los sectores populares urbanos en Latinoamérica. Los temas tratados se refieren a la globalización; la homogeneización y diferenciación cultural; el estado nación, su descentramiento y los nuevos agentes mundiales, lo mismo que las asimetrías y condiciones de integración a la cultura global.

Palabras clave: *globalización, cultura, actores sociales, identidades, modos de vida, representaciones simbólicas.*

GLOBALIZATION AND CULTURE. Preliminary Notes.

Abstract: *Within this paper some parameters that the author considers essential to reflect about the changes that the processes of globalization have introduced in the culture, especially regarding identity, social representations and ways of life of contemporary societies are outlined. The objective is to delineate the roads on how to work with this topic so that, at the same time, we can evaluate on which way those transformations influence the cultural identity and practice of the urban popular groups in Latin America. The topics refer to globalization, cultural homogenizing and differentiation, the state nation, its decentralization and the new world agents, as well as the asymmetry and conditions of integration to the global culture.*

Key words: *globalization, culture, social actors, identities, ways of life, symbolic representations.*

Los procesos de interconexión económica, tecnológica y comunicacional que desde hace algunas décadas atraviesan el globo, sin ninguna duda han venido introduciendo fuertes cambios en todos los ámbitos de las sociedades contemporáneas. Han transformado totalmente las reglas del juego económico ampliando el campo de su acción al plano mundial. Han redefinido el peso y papel del Estado nación tanto en lo que respecta a sus competencias como entidad política, con capaci-

1-. Introducción:

dad de control, decisión y planificación, como en lo relativo a sus vínculos simbólicos con una comunidad territorialmente establecida. Han fortalecido el poder y margen de operación de otros actores, como las corporaciones económicas y financieras, de carácter transnacional.

Evidentemente, el ámbito de la cultura no es ajeno a estos cambios. Tales procesos están incidiendo en la vida cotidiana de las personas, afectando los referentes empleados en la construcción de sus identidades y formas de pertenencia; están transformando las nociones de espacio público, comunidad e interacción social, a partir de la fuerte incidencia de los medios y redes virtuales; están ampliando los cir-

cuitos de producción y de consumo de bienes simbólicos, entre otros cambios.

Estas transformaciones han reavivado viejas discusiones sobre la diversidad cultural y los procesos de universalización de modelos culturales occidentales a todo el mundo. Se plantea, por un lado, que la globalización supone llevar a su máxima expresión la tendencia a la expansión e imposición a todo el planeta de los modos de organización, formas de relacionarse y estilos de vida propios de la cultura occidental moderna. Que con ella avanzamos a un mundo cada vez más homogéneo, cuya vida social estará organizada por el mercado y cuyos ciudadanos serán definidos en función del consumo.

Desde la perspectiva contraria, se dice que la globalización tiene más bien a fortalecer las diferencias, al propiciar la interconexión y difusión mundial de particularidades culturales de todos los rincones del mundo. O que existe un incremento de la diversidad (de lo étnico, de lo local) como el resultado indirecto del debilitamiento de las identidades nacionales que la globalización favorece. O también, que el impulso a la occidentalización genera un atrincheramiento de los discursos e identidades nacionales, étnicas y religiosas desencadenando en muchos casos prácticas reactivas y fundamentalistas (Castells, 1999).

Esbozar algunos parámetros que consideramos esenciales al reflexionar sobre los cambios que los procesos de globalización han introducido en la cultura (identidades, representaciones sociales, modos de vida) de las sociedades contemporáneas es el objetivo fundamental de estas notas. Valga recalcar que éstas constituyen una primera aproximación al tema. Más que cerrar la discusión pretendemos comenzar a perfilar caminos de abordaje. En este sentido hay que señalar, que nuestro objetivo a largo plazo es evaluar

de qué manera tales transformaciones inciden o afectan las identidades y prácticas culturales de los sectores populares urbanos que habitan en los países latinoamericanos.

2- La globalización de la que somos parte

Sin la pretensión de pronunciar la última palabra en torno al concepto de globalización o las amplias y contradictorias tendencias que con él se designan, quisiéramos hacer algunas precisiones al respecto.

Es muy vasta la literatura encaminada a dilucidar el entramado de procesos de interconexión y circulación mundial que tienen lugar actualmente y que son designados con el término globalización. Las transformaciones tecnológicas (en esferas como la microelectrónica) sumadas a la eliminación de las restricciones a las transacciones económicas (en el plano comercial y financiero) parecen estar en la base de este entramado de procesos, de circulación de bienes, capitales e información a escala nunca vista. Sin embargo, por lo general suele aclararse que la globalización no puede entenderse como mero producto de avances tecnológicos o como un conjunto de transformaciones en el ámbito exclusivamente económico (transnacionalización de producción de bienes y servicios y mercados financieros) sino que estas tendencias han venido produciendo cambios estructurales en muchos otros ámbitos; en las condiciones laborales, en las funciones y tamaño del Estado, en la circulación del conocimiento, en la vigencia de la idea de nación, en la producción de bienes culturales e incluso en la percepción del espacio y el tiempo. No son pocos los autores que atribuyen una inmensa importancia a este tipo de cambios (Barman 1999; Ianni 1996, 1999; Beck 1998; Castells, 1998, 1999). Según Castells (1999) estas transformaciones están configurando incluso un nue-

vo tipo de sociedad: la sociedad red o sociedad de la información.

Ahora bien, el hecho de que exista una indiscutible ampliación del ámbito y la velocidad de la circulación de mercancías, información y dinero en el mundo, no quiere decir que todas las regiones y sectores sociales estén conectados a estos flujos o redes globales, o mejor dicho, que todos lo estén en los mismos términos. A nuestro juicio, este tipo de diferencias es necesario esclarecerlas, especialmente cuando nos interesa no perder de vista la situación de los sectores populares de países del llamado Tercer Mundo.

Zygmund Bauman, en su libro *Globalización. Consecuencias humanas* (1999), reflexiona alrededor de estos asuntos, afirmando que la movilidad o posibilidad de desplazar (bienes, capitales, conocimiento, personas) es la cualidad valorada en estos tiempos. De ella se deriva el margen de beneficios a obtener y la libertad para actuar o decidir. Pero, esta inusitada capacidad de desplazamiento rápido de dinero, información y personas, no es una facultad compartida por todos sino un privilegio de reducidos grupos. Estamos entonces, frente a un proceso de «concentración no sólo del capital, las finanzas y demás recursos, sino también- y quizás principalmente- de la libertad para moverse y actuar (dos libertades, que para todos fines prácticos se han vuelto sinónimos». (Bauman, 1999: 94-5).

Según Bauman, esta valoración creciente de la movilidad supone, a su vez, una fuerte devaluación de la inmovilidad. Estar confinados en un espacio fijo, sin poder evadir las alteraciones (ambientales, por ejemplo) que éste sufre, sin poder moverse en busca de oportunidades que se desplazan sin disfrutar de las gratificaciones que el vínculo con lo local brindaba (capacidad de dotar de sentido colectivo), es ahora más desventajoso que antes. Mientras algunos disfrutan de los beneficios de ser agentes globales, otros son anclados en

su cada vez más degradante localidad.

Por otro lado, dentro de este panorama de interconexión global, existen amplias regiones (como el África subsahariana) que están absolutamente rezagadas puesto que no poseen siquiera los requisitos tecnológicos, económicos y de infraestructura mínimos para insertarse a tales redes, con lo cual, con seguridad quedarán al margen de estos intercambios (Castells, 1999)

Ahora bien, la cuestión no es solamente si las regiones y grupos de personas están aislados de estos flujos de intercambio mundial, sino de qué manera participan. Según De Sousa Santos (1997) por este motivo, es necesario diferenciar dos fenómenos dentro de eso que llamamos globalización. Por un lado, está el proceso a través del cual una construcción local (sea una forma de regulación social, un tipo de relación laboral, un concepto o un estilo de vida) es extendida con éxito a nivel mundial. A este fenómeno lo denomina *localismo globalizado*. Por otro, estaría lo que llama un *globalismo localizado*, que sería el adverso del proceso anterior. Esto es: «... *el impacto específico de prácticas e imperativos transnacionales en las condiciones locales, las cuales son, por esta vía, desestructuradas y reestructuradas de modo que respondan a esos imperativos transnacionales*» (De Sousa, 1997:44). No todos los países y sectores sociales participan (o son afectados) de la misma manera por los procesos de expansión mundial de la economía, información y cultura. Hay maneras sumamente distintas de hacerlo. A su juicio, existe incluso un orden dentro de estas asimetrías. «*La división internacional de la producción de la globalización asume el siguiente patrón: los países centrales se especializan en localismos globalizados, mientras que a los países periféricos toca solo la elección de globalismos localizados*» (De Sousa, 1997: 44).

En nuestra opinión, al margen de que esta clasificación sea muy esquemática (1), nos parece importante no perder de vista en qué términos se incorporan las naciones y sectores sociales a estas redes globales, desde qué posiciones lo hacen (si éstas te permiten proponer negociar o no) y qué tipo de consecuencias y beneficios obtiene de ella.

3- Homogenización y diferenciación cultural

En tiempos recientes, el adjetivo global ha pasado a acompañar casi a cualquier término y a caracterizar diversidad de fenómenos. La tesis de la existencia de una cultura global ha circulado así en el ambiente académico pero ha encontrado también sus detractores. La insinuación de que la globalización esté conduciendo tendencialmente a una cultura única e idéntica a escala mundial es objeto de críticas por parte del antropólogo Renato Ortiz (1997:2001). Este autor considera que puede hablarse de globalización de la economía e incluso de tecnología global, pero que la cultura no puede considerarse globalmente homogénea.

«...es completamente falso imaginar el proceso de globalización como equivalente al de homogenización del planeta. Por eso propongo una diferenciación entre los conceptos de globalización y de mundialización» (Ortiz, 2001:38)

En el concepto que plantea, la cultura es afectada por cambios que implican la expansión de rasgos centrales comunes, pero no por ello es transformada en algo uniforme o idéntico en todas las regiones del mundo.

«El proceso de mundialización de la cultura no implica necesariamente el aniquilamiento de las otras manifestaciones culturales, sino que

se alimenta de ellas. En este sentido, no existe ni existirá nunca una cultura global, idéntica en todas partes. Lo que se tiene es la consolidación de una matriz civilizatoria, la modernidad-mundo que en cada país se actualiza y diversifica en función de su historia particular». (Ortiz, 2001.39).

A su juicio, la mundialización es una, en cuanto a sus elementos constantes, y diversa en cuanto a las características que adquiere en el marco de las condiciones sociales en que se adapta. De lo que se trata es de la expansión de una matriz civilizatoria que se originó en la revolución industrial y que, a pesar de los cambios que ha sufrido, no ha cesado de desarrollarse y expandirse, alcanzando ahora a todo el globo y conformando lo que él denomina modernidad-mundo. Además, según éste, la globalización, al propiciar la desterritorialización, trascendiendo las fronteras nacionales no está iniciando procesos nuevos, sino profundizando tendencias a la movilidad y el *desanclaje* que operaron en momentos anteriores, cuando el Estado nación debilitó y eliminó los vínculos que anclaban a las personas a lo local y lo regional.

Ahora bien, si asumimos la tesis de que se trata de una matriz general que se adapta en forma variable a diferentes contextos histórico-sociales, hay que preguntarse: ¿cuáles son estos elementos que se están expandiendo e imponiendo en todo el mundo?, ¿qué ámbitos de la vida cultural permanecen ajenos a estas transformaciones, en América Latina?, ¿cuáles son esas condiciones culturales que dotarían de un sentido particular matrices generales? Evidentemente no tenemos una respuesta definitiva a estas interrogantes, pero sí podemos señalar algunas tendencias y características que parecen estar claras.

En primer lugar, hay un proce-

so evidente de desterritorialización de la cultura. Históricamente la cultura siempre estuvo asociada a referentes espaciales (Ortiz, 2001). El pueblo, la comunidad o la nación estaban enraizados en un territorio. Ahora, con la transnacionalización de la producción de información, imágenes y bienes simbólicos, esto ha cambiado, generándose un *desanclaje* progresivo con respecto a estos referentes.

El Estado nación va perdiendo progresivamente el monopolio que antes detentaba en la producción de sentido (Ortiz, 2001). Los referentes nacionales, en otros tiempos elementos fundamentales de nuestras identidades colectivas, pasan a coexistir con otras fuentes de sentido, su función en la construcción de afinidad y pertenencia. En algunos casos se trata de referentes de carácter transnacional. Tal es el caso de la música, la moda y otros símbolos asumidos por los jóvenes de distintas urbes latinoamericanas; o los patrones de consumo adoptados simultáneamente por las clases medias para definir su *estilo de vida*. En otros, se trata de un fortalecimiento de identidades locales o culturas subalternas, como producto del debilitamiento de la cultura nacional dominante. También hay experiencias en las que culturas y referentes locales, comunitarios o étnicos, son fortalecidos gracias a la circulación regional o mundial de sus productos, la construcción de redes de internacionales o la difusión amplia de discursos que los favorecen. Este sería el caso de los movimientos indígenas latinoamericanos cuyas organizaciones se han visto fortalecidas y han elaborado importantes alianzas con actores sociales transnacionales.

El debilitamiento de ciertas instancias y su capacidad de producir cultura y sentido compartido, como la nación, la escuela, la religión y la familia viene aparejado del fortalecimiento de otros actores e instancias como los de medios de comunicación, las em-

presas transnacionales y el mercado.

Martín Barbero y García Canclini han trabajado abundantemente el papel de los medios en la construcción de las identidades, los relatos y la memoria colectiva en América Latina. Según éstos, los medios de comunicación, que en la década de los 40 y 50 contribuyeron a la construcción de las culturas nacionales y al reconocimiento de los ciudadanos como parte de éstas, ahora están propiciando procesos de debilitamiento de tales identidades y formación de comunidades globalizadas. Para Canclini (1993, 1995), en las últimas décadas se han producido varias modificaciones en la producción y consumo cultural de mensajes mediáticos. Por un lado, se ha transnacionalizado la producción y la oferta de bienes simbólicos, ampliándose el mercado de consumo y perdiéndose la vinculación de éstos con referentes territoriales, históricos o culturales de carácter nacional. La participación de los Estados en la industria cultural en América Latina ha declinado dramáticamente, siendo desplazada por corporaciones y agencias privadas transnacionales. Por otro lado, se han modificado los hábitos de recreación y consumo cultural, pasándose del uso de espacios colectivos (museos, cines, conciertos) al entretenimiento en el ámbito doméstico (video y TV). Estas tendencias, sumadas a la disgregación y crecimiento urbano así como a los procesos de desintegración social han hecho que las identidades y sociabilidad de los latinoamericanos estén cada vez más vinculadas a bienes y mensajes mediáticos, cuya producción y distribución tiende a estar dominada casi totalmente por industrias transnacionales, con un fuerte componente (de capital, cánones y recursos) norteamericano. (García Canclini 1993, 1995, 1997).

Por su parte, Martín Barbero (1998, 1999, 2001) en trabajos recientes, explora la incidencia del

desarrollo de nuevas tecnologías comunicacionales en la construcción de las identidades, el espacio público y las formas de sociabilidad, llegando a conclusiones semejantes. A su juicio, «...*las nuevas tecnologías de la información están reconfigurando los «modos de estar juntos»* (Martín Barbero, 2001:47), al modificar nuestra percepción del espacio (ahora desanclado) y del tiempo (que desdibuja el pasado e instaura un presente continuo), al reducir y alterar nuestras formas de interacción social y al modificar la noción de lo público que pasa a estar definido por lo que acontece en los medios. La fragmentación de la ciudadanía, la pérdida de referentes territoriales e históricos, la massmediatización de la política y la hegemonía de la imagen en la construcción de lo social son algunos de los rasgos que, según el autor, están definiendo este nuevo panorama de articulación comunicacional y descentramiento cultural (Martín Barbero, 2001).

La importancia que adquiere el mercado, por otro lado, en la producción de bienes simbólicos evidentemente tiene implicaciones y consecuencias. Supone el traspaso progresivo de la función de «política cultural» de los gobiernos a entes privados y su concentración en manos de grandes cadenas, y corporaciones de la cultura y comunicación. Implica, progresivamente, que la mayor parte de la producción simbólica que se genera, circula y consume mundialmente pase a estar atravesada meramente por criterios de rentabilidad y rendimiento (2).

Ahora bien, con relación a la cuestión del consumo Martín Hopenhayn (1999) realiza unas precisiones interesantes y pertinentes para el ámbito latinoamericano. A su juicio, existe una diferencia entre la circulación de información, imágenes y bienes culturales y la circulación (y disponibilidad) de recursos materiales. Según él, una de las paradojas de

la globalización es que produce una gran diseminación de imágenes y productos simbólicos, a la par que favorece la concentración de riquezas y capitales. El aumento exponencial de aparatos de televisión en la región, contrastado con los índices de pobreza y concentración de la riqueza, son ilustrativos al respecto. A consecuencia de esto, especialmente en estos países, hay una «brecha creciente entre integración simbólica y desintegración material» (Hopenhayn, 1999:69).

El consumo simbólico genera también expectativas de consumo material, de adquisición de los bienes y modos de vida difundidos mediáticamente. Este desfase entre las expectativas promovidas y las posibilidades reales de adquisición de productos y servicios produce en los sectores populares o bien una creciente frustración o bien mecanismos de sublimación del deseo. No está claro si este es una fuente de malestar y conflictividad en estos sectores de la población o si por el contrario, los mecanismos de integración simbólica atenúan los conflictos que podría generar la fuerte exclusión social.

4-. Estado-nación, descentramiento y nuevos agentes mundiales

La reducción de las funciones del Estado y el debilitamiento de la idea de nación, son asuntos centrales dentro de las tendencias que están modificando el perfil de las sociedades contemporáneas. En el ámbito económico, la disminución del poder del Estado es evidente. Con la eliminación de restricciones al flujo de capitales y mercancías, esta instancia pierde progresivamente capacidad para controlar la economía de las naciones. Cada vez más las decisiones importantes en materia económica se toman fuera de su ámbito territorial, en grandes corporaciones, empresas transnacionales o instancias multilaterales. Aspectos sustantivos de la política económica pasan a estar al margen de las

decisiones de las burocracias estatales.

«En un mundo donde el capital no tiene domicilio establecido y los movimientos financieros en gran medida están fuera de control de los gobiernos nacionales, muchas palancas de la política económica ya no funcionan» (Bauman, 1999:76).

Esta pérdida de peso evidentemente tiene resonancia en otros ámbitos. El Estado era el «espacio dotado de autonomía capaz de ordenar la sociedad nacional de acuerdo con su historicidad, sus fuerzas económico sociales, en fin sus contradicciones internas» (Ortiz, 2001:39). Esto está cambiando actualmente. Tal autonomía está siendo fuertemente socavada, con lo cual la idea misma de política como espacio para estructurar la vida social en un proyecto común, también pierde fuerza.

Tal debilitamiento, si bien marca cambios sustantivos en la forma en que se han venido organizado nuestras sociedades, no puede interpretarse aún como la desaparición del Estado nación (3). Aunque está claro que éste está perdiendo capacidades importantes, quizás sea apresurado (e ideológicamente intencionado) decir que el Estado Nación está desvaneciéndose. Como bien afirma Jameson (1998), probablemente en ciertos casos o situaciones se esté emitiendo la partida de defunción del Estado de una forma apresurada.

En lo que respecta a sus funciones simbólicas, en muchos casos no está claro que estén desapareciendo. Como sabemos «...el Estado-nación no es solamente una entidad político-administrativa, es una instancia de producción de sentido» (Ortiz, 2001:40). Las identidades nacionales (a pesar de todas las tensiones y exclusiones que producían internamente) eran fuente central de sentido en las sociedades modernas. Sin

embargo, con los procesos de mundialización de la cultura, esta función comenzó a ser compartida por otros referentes creadores de afinidad y de pertenencia. Para muchos se trata de un desplazamiento absoluto que marca el fin de las culturas nacionales. Sin embargo, a mi juicio, es pronto para hacer este tipo de afirmaciones, en especial en América Latina (4).

Con relación a su capacidad integradora considero que la idea de Nación sigue operando como productor de identidad, aunque ésta coexista ahora con construcciones simbólicas mundializadas (como en el caso de las modas juveniles) o localizadas (por ejemplo, las comunidades indígenas) que probablemente tiendan a socavarla. Evidentemente la Nación ya no es la única o principal fuente de producción de sentido compartido; pero aún existen mecanismos a través de los cuales ésta crea vínculos y formas de pertenencia que las personas alternan (de acuerdo a contextos y posiciones específicas) con otros referentes, ya sea locales, étnicos, de edad, mediáticos o transnacionales.

El debilitamiento del Estado nación ha propiciado la emergencia de ciertas lecturas y discursos —algunas veces de corte divulgativo y otras de carácter académico— que relacionan estos cambios con el fin definitivo de dicha construcción histórica y como el comienzo de un período signado por la ausencia de centro, de proyectos planificadores, de control y de poderes concentrados.

Del mismo modo, la reducción de restricciones a la circulación de capitales y el flujo veloz de información a cualquier parte del globo, se presentan como el fin definitivo de las fronteras en el mundo. Con ello, por un lado, se ocultan las nuevas trabas al desplazamiento de personas (desde los países Sur) que se imponen como contraparte al libre movimiento de información y dinero (5). Cuando se habla de los desplazamientos humanos se hacen analogías entre

estos flujos migratorios y el dinamismo en el movimiento de personas del Norte. Esta equivalencia entre turistas y ejecutivos e inmigrantes, ignora las diferencias no sólo en cuanto a las condiciones de acogida en la sociedad de llegada (marcadas por las restricciones a la ciudadanía de las leyes de inmigración) sino también las enormes distancias en las causas, motivaciones y condiciones de estos desplazamientos (Barman, 1999; De Sousa, 1997). Por otro lado, se desconocen las diferencias (a veces abismales) que se están afianzando entre regiones, naciones e incluso entre sectores de la población de un mismo país. El rezagamiento (para algunos irreversible), de regiones en cuanto a condiciones mínimas para adaptarse a las exigencias de la sociedad de la información, habla de estas distancias (Castells, 1999) así como la ampliación de la brecha en la distribución mundial de los recursos. La polarización social dentro de los países es también indicativa de esas nuevas fronteras no geográficas. De allí que consideremos problemático el uso a la ligera, que a veces se hace, de nociones como nomadismo, desterritorialización y descentramiento.

La idea de descentramiento hace pensar en la dispersión total (casi democrática) del poder y los recursos. En la ausencia de asimetrías, jerarquías o concentraciones en cuanto a capacidad y poder para movilizar capitales, producir mercancías o información, adquirir bienes de consumo o disfrutar de los beneficios de tales acciones. A nuestro juicio, este tipo de planteamientos conlleva muchos equívocos. Evidentemente, en el contexto actual, no estamos frente a una disolución mundial de jerarquías y asimetrías. Lo que sucede no es que no existan grandes centros (de poder y control), sino que éstos son cada vez menos las instancias de poder político, de gobierno y planificación con ámbitos de acción nacio-

nales. Existen nuevos y múltiples centros. Los Estados comparten ahora sus antiguas funciones con grandes empresas y corporaciones transnacionales. Se trata entonces, de un movimiento de reorganización del poder, un proceso de rearticulación de instancias económicas y políticas para conformar nuevas formas de hegemonía.

5- Asimetrías y condiciones de integración a la «cultura global»

Como se ha visto, nuestro enfoque hace especial énfasis en la diferencias, asimetrías y condiciones particulares en que el flujo mundial de mercancías y bienes simbólicos afecta a las distintas regiones y sectores sociales. Esto obedece a dos motivos. Por un lado, intentamos cuestionar los discursos propagandísticos y excesivamente optimistas que circulan en torno a la implosión de centros de poder, el fin de jerarquías y el establecimiento de un nuevo panorama en el que, simplemente, todos somos afortunadamente y en modo equivalente diferentes (6).

En segundo lugar, responde a la especificidad del tema que nos interesa. Revisar cómo se incorporan y son afectados los países periféricos, por las tendencias globalizantes y especialmente, qué cambios introducen éstas en la cultura y vida cotidiana de los sectores populares, pasa necesariamente por prestar atención a estas asimetrías y condiciones diferenciales de integración a la cultura global. En este sentido, coincidimos con Ortiz cuando afirma que:

«La modernidad mundo pone a disposición de las colectividades un conjunto de referentes –algunos antiguos, la etnicidad, lo local, lo regional; otros recientes– resultado de la mundialización de la cultura. Cada grupo social, en la elaboración de sus identidades colectivas, irá apropiándose de ellos de manera diferente. Eso no significa, sin embargo, que es-

temos viviendo un estado democrático, en el cual la elección sería un derecho de todos (...) La sociedad global, lejos de incentivar la igualdad de las identidades, está surcada por una jerarquía clara e injusta» . (Ortiz, s/f) (7)

De acuerdo a las posiciones sociales en que esté ubicado, cada sujeto y comunidad tendrá posibilidad de *negociar* de cierta manera su identidad y sus prácticas culturales y establecer relación con los sistemas globales de producción cultural y sus productos.

Autores como Daniel Mato (2001) y George Yúdice (1999) pretenden recalcar el papel y las prácticas de actores sociales concretos en los procesos de globalización. Yúdice trabaja con grupos culturales y de acción ciudadana; Mato revisa las estrategias y alianzas impulsadas a nivel transnacional por organizaciones indígenas, grupos de la sociedad civil y del movimiento ambientalista. Ambos buscan revertir la idea de que la globalización opera al margen de los actores sociales, de que es una suerte de corriente autónoma impulsada por el avance de la tecnología y la economía. Sin embargo, la necesaria tarea de ubicar qué actores impulsan y participan en estos movimientos de interconexión mundial resulta, a nuestro juicio, insuficiente cuando no se establece con claridad en qué condiciones se enmarca su acción; me refiero a la desigualdad, en cuanto a recursos, poder y capacidad de incidir en las decisiones, que estos actores evidentemente presentan.

Las preguntas que nos ocupan es cómo se incorporan los sectores populares a estos flujos de circulación cultural global y en qué medida la mundialización de la cultura ha afectado y afecta actualmente sus identidades, prácticas y construcciones simbólicas, relaciones sociales y su vida cotidiana.

na. Tal indagación pasa por develar las asimetrías y posiciones desiguales desde las cuales la gente se enfrenta, consume o adopta esta cultura mundializada. Pero, también supone una apertura que nos permita apreciar la diversidad de experiencias y maneras distintas de relacionarse -selectiva y diferencialmente- con las nuevas formas de producción cultural y sus creaciones, que ponen en práctica en su vida cotidiana los sectores populares. Solo así podemos llegar a entender, por ejemplo, la gran difusión y el arraigo que el *Rap* o el *Hip Hop* han encontrado entre los jóvenes de los barrios populares latinoamericanos; cómo es que estos géneros -de origen norteamericano- les permiten a los estos grupos narrar con tanta expresividad relatos de su vida y de su identidad.

Para intentar comprender esto es preciso explorar qué márgenes de acción deja la mundialización de la cultura a las personas y grupos sociales, especialmente los sectores subordinados. Cómo los sujetos de las clases populares urbanas, los jóvenes, las mujeres, los movimientos indígenas, comunitarios o de vecinos, los sectores campesinos, los trabajadores informales aprovechan las posibilidades que brinda esta nueva configuración mundial, de qué manera consumen los bienes simbólicos que se produce, qué posibilidades de apropiación o resemantización encuentran en ello, o en qué medida simplemente están al margen de tales circuitos.

García Canclini (1989), quien ha reflexionado sobre estos temas, considera que las tendencias a la mundialización han flexibilizado las identidades y ampliado la gama y circulación de recursos culturales (narrativas, saberes, mensajes mediáticos y otros bienes simbólicos) que los personas emplean en su interacción y vida social. A su juicio, la globalización propicia la construcción de identidades y culturas híbridas a través de un doble pro-

ceso. A la descolectión o desvanecimiento de la compartimentación de la cultura en géneros y campos (como la división culto, popular, masivo), con la cual los sistemas simbólicos tienden a combinarse y a mezclarse. Y a la desterritorialización o debilitamiento de las identidades y referentes de carácter nacional, regional o local con la creación de comunidades de sentido transnacionales. Según el autor, en virtud de ello vivimos en un momento histórico en el cual los bienes culturales, narrativas e identidades colectivas se entrecruzan transitando libremente diferentes espacios sociales. Los sujetos tienen a su disposición un conjunto de bienes y sistemas culturales que utilizan indistintamente, en sus prácticas cotidianas y en la construcción de su identidad, sin más limitaciones que su voluntad o disponibilidad.

El problema de esta perspectiva es que alude a una circulación ilimitada de los registros y bienes culturales perdiendo de vista los contextos concretos, las jerarquías, los conflictos y las relaciones de poder que atraviesan la interconexión entre ellos. No todos los grupos sociales están en las mismas condiciones a la hora de apropiarse y consumir los bienes simbólicos que el mercado transnacional les ofrece. No todos los saberes, referentes culturales y narrativas sociales poseen la misma legitimidad social. Los sujetos hacen uso de uno u otro recurso (negocian sus identidades) de manera selectiva, pero a partir de las posiciones que ocupan en el entramado social, de las situaciones o coyunturas concretas que se les presentan y de los referentes que verdaderamente tienen a su alcance. Por otro lado, estos procesos de mezcla cultural, coexistencia e interconexión no siempre son armónicos o apacibles; en ocasiones generan tensiones, conflictividades y antagonismos. De manera que la perspectiva de la pluralidad y circulación cultu-

ral ilimitada entraña también riesgos, como la creencia de que estamos frente al advenimiento de una mítica *democracia cultural*. Por eso, hoy más que nunca es preciso no perder de vista la manera en que las relaciones de poder y desigualdad están presentes en los procesos de rearticulación de los sistemas culturales, en la circulación y consumo de bienes simbólicos y en la constitución de identidades y diferencias.

Notas

- (1) Y que pueda enriquecerse, revisando, por ejemplo, cómo ciertos grupos sociales y grandes empresas de los países periféricos funcionan como enclaves globalizados, participando también desde posiciones privilegiadas, exportando e imponiendo a amplias regiones sus modos de operar, condiciones y mercancías.
- (2) En este sentido, la propuesta de García Canclini apunta a un fortalecimiento del papel del Estado como árbitro o representante del interés público en materia de cultura e información (1993, 1995).
- (3) La proliferación de nuevos Estados a nivel mundial, a juicio de Bauman lo que hace es reforzar la idea de que el Estado nación no está desapareciendo sino que esta dando lugar a un tipo nuevo de Estados débiles.
- (4) Situación probablemente fortalecida por nuestra condición de países periféricos, como sugiere de Sousa Santos (1998).
- (5) Ver: AA.VV. (1994), Alvite, J. (1995) y Santamaría (1998).
- (6) En torno a la necesidad de establecer las relaciones de poder y condiciones sociales en que se enmarcan las muy celebradas y de ningún modo equiparables diferencias culturales, Renato Ortiz hace excelentes precisiones en su texto "Diversidad Cultural y

cosmopolitismo". En Martín Barbero y otros. *Cultura y Globalización*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 1999.

- (7) Ortiz, Renato. La modernidad mundo. Nuevos referentes para la construcción de identidades colectivas. En: <http://www.innovarium.com/CulturaPopular/mundo.htm>

Bibliografía

- AA. VV. (1994) *Extranjeros en el paraíso*. Editorial Virus. Barcelona.
- BAUMAN, Zygmunt (1999) *La globalización. Consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.
- BECK, Ulrich (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós. Barcelona.
- CASTELLS, Manuel (1999) *La era de la información: economía sociedad y cultura*. Tomo III: El fin de milenio. Alianza. Madrid.
- CASTELLS, Manuel (1998) *La era de la información: economía sociedad y cultura*. Tomo II. Alianza. Madrid.
- De SOUSA-SANTOS, Boaventura. (2000) «Universalismo, contextualización cultural y cosmopolitismo». En: *Identidades comunitarias y democracia*. Editorial Trotta. Madrid.
- De SOUSA-SANTOS, Boaventura. (1997) «Una concepción multicultural de los derechos humanos» En: *Memoria*. Nº 101, julio. CEMOS. México D.F. Pp-41-53
- De SOUSA-SANTOS, Boaventura. (1998) *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*. Ediciones Uniandes. Bogotá.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. (1997) *Imaginario urbanos*. EUDEBA. Buenos Aires.

GARCÍA CANCLINI, Nestor (1995) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo. México D. F.

GARCÍA CANCLINI, Nestor (1993) «La cultura visual en la época del posnacionalismo» En: *Nueva Sociedad*, nº 127 Sep- oct. 1993. Caracas.

GARCÍA CANCLINI, Nestor (1989) *Cultura híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo. México D.F.

HOPENHAYN, Martín (1999) «Vida insular en la aldea global. Paradojas en curso». En: Martín Barbero, J; López de la Roche, F. y Jaramillo, J. (Editores) *Cultura y Globalización*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

IANNI, Octavio (1999) *La era del globalismo*. Siglo XXI. México D.F.

IANNI, Octavio (1996) *Teorías de la globalización*. Siglo XXI. México D.F.

JAMESON, Fredric y ZIZEK, Slavoj (1998) *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Paidós. Buenos Aires.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (2001) «Transformaciones comunicativas y tecnologías de lo público». En: *Metapolítica*. Vol. 5, nº 17. ene/mar México. Pp. 46-55

MARTÍN-BARBERO, Jesús (1999) «Globalización comunicacional y descentramiento cultura». I En: Bayardo, R y Lacarrieu, M. *La dinámica global/local*. Ediciones Cicus. Buenos Aires.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (1998) «Hegemonía comunicacional y descentramiento cultural» En: Follari, R. y Lanz, R. *Enfoques sobre postmodernidad en América Latina*. Sentido. Caracas.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987) *De los medios a las mediaciones*. Gustavo Gili. México DF.

Ortiz, Renato (1997) *Mundialización y cultura*. Alianza. Buenos Aires.

Ortiz, Renato (1999) «Diversidad cultural y cosmopolitismo» En: Martín Barbero, J; López de la Roche, F. y Jaramillo, J. (Editores) *Cultura y Globalización*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Ortiz, Renato (2001) *Globalización, modernidad y cultura*. En: *Metapolítica*. Vol. 5, nº 17. ene/mar México. pp.36-45

Ortiz, Renato (s/f) «La modernidad-mundo. Nuevos referentes para la construcción de las identidades colectivas». En: <http://www.innovarium.com/CulturaPopular/mundo.htm>

YUDICE, George (1999) «Redes de gestión social y cultural en tiempos de globalización». En: Martín Barbero, J; López de la Roche, F. y Jaramillo, J. (Editores) *Cultura y Globalización*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Ybelice Briceño Linares

Socióloga, Universidad Central de Venezuela, Maestría en Sociología en la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), Doctorando en Sociología (UAB). Investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos". Docente de la Cátedra de Comunicación, Escuela de Sociología, UCV.

Email:
ybeliceb@cantv.net

Fecha de recepción:
Octubre 2003
Fecha de aceptación definitiva:
Diciembre 2003